

**JEAN-RENÉ LEMOINE**

**Frente a la madre**

**Traducción**

**FERNANDO GÓMEZ GRANDE**

## PRÓLOGO

He aquí llegado el momento de presentarme ante ustedes para celebrar este encuentro aplazado durante tanto tiempo. Me presento ante ustedes con la desnudez del vagabundo, sin coraje, sin vehemencia y sin resentimiento. Me presento tal como soy, cojeando ligeramente en la cuerda que he colgado en las cimas a una altura vertiginosa, e incluso por encima de este vacío, les diré que me encuentro infinitamente mucho mejor. Debo confesarles, sin embargo, mi temor a que no acudiesen a la cita a la que les había invitado para hablarles –mejor confesarlo de inmediato– de amor: o que, perdido en la inmensa altitud, no me diese cuenta de que habían llegado. Entonces, si lo desean, cuando por fin estén aquí, háganme una pequeña seña –un ligero roce de ropa, un suspiro– para que sepa que ya no le hablo al viento que hace zozobrar mi carabela, sino que, en el centro de la ráfaga de aire que me rodea y ahoga, está toda su presencia y que al término de su laberíntico viaje, han encontrado el camino que conduce hasta mí.

Entretanto, me ofrezco a su invisible mirada y, en la incertidumbre en la que me encuentro, me instalo en la paciencia tal y como un funambulista se aferra a la pértiga que le permitirá permanecer en apnea en el infinito de los cielos.

Todo va infinitamente, infinitamente mejor.

Mis ojos ya no se llenan de lágrimas cuando ustedes atraviesan mi pensamiento; consigo, más o menos bien, levantarme por la mañana y acostarme por la noche; por supuesto que aún me veo obligado a fingir estar alegre cuando me reúno en sociedad, y, a veces, encuentro en este artificio un imperceptible gozo. No puedo precisar la fecha del momento en el que todo comenzó a cambiar; es extraño que no haya un día del que uno podría acordarse como del paso del Aqueronte y del retorno a la vida frágil. Da

igual. Se habrían necesitado tres años de paréntesis, tres años de coma profundo, para poder citarles en este lugar umbrío, ante la asamblea silenciosa.

## PRIMER MOVIMIENTO

Si mal no recuerdo, fue en un teatro donde se llevaba a cabo un taller de actores. Aquel día los actores ensayaban una escena de *Ricardo III*.

“Oh Dios, que hiciste esta sangre, venga esta muerte...”

Entró un compañero. Me dijo que me llamaban por teléfono. Lo fulminé con la mirada. Insistió: te llaman por teléfono, es urgente. Me levanté, atravesé entumecido el escenario, el pasillo, la escalera, el entresuelo, otro pasillo, hasta el despacho en el que el teléfono estaba descolgado esperándome. Me senté. Oí los sollozos y la voz de mi hermana anunciándome que nuestra madre había muerto. No sé lo que contesté. No sé cuanto tiempo duró la conversación. Me levanté. Le pregunté a una amiga que estaba a mi lado si quería acompañarme. Caminé por el pasillo hasta el entresuelo y... el universo se detuvo. Me hice un ovillo y comencé a llorar. Todos me rodearon. Por fin alguien me acarició el hombro. Sólo entonces pude incorporarme. Me hubiera gustado que me ayudaran a caminar; yo no conseguía hacerlo. De pronto me encontré en el exterior, a la luz. Los actores, unos tras otros, miraban cómo titubeaba al ir hacia el coche. Ya en el coche, bajé la ventanilla para ver desfilar los árboles del bosque, después los bulevares donde hombres y mujeres se dedicaban a sus cosas y cuyo deambular era bello en la claridad del verano. Mi amiga me dejó en la puerta del edificio, encontré a mi hermana y a los que me esperaban y allí... lágrimas, lágrimas, lágrimas...

¿Dónde quedan los caminos de mi infancia?

¿Dónde quedan las noches en las que fingía quedarme dormido en el coche para que mi padre me llevase hasta la habitación y me acostase en la cama?

¿Qué es ahora de la casa roja de Leopoldville con los grandes árboles donde se enroscaban aquellas inmensas serpientes que nos aterrorizaban?

Mi intranquilidad.

Estoy ante la asamblea silenciosa y mi voz se amortigua, mis fuerzas me abandonan, quisiera...

Sólo hay que dejar que los recuerdos afloren y...

Madre llevaba una falda blanca con mil tablas y esta falda era un cuento de hadas con mil historias infinitas.

El día del entierro...

Quisiera que alguien me acariciara el hombro...

El día del entierro, me levanté temprano.

... y pasase su mano por mi frente.

Debían de ser las cinco. En el vano de la ventana se veían los tejados descoloridos y a lo lejos las colinas desaparecían en la neblina trémula y azulada de la mañana. Me levanté, me afeité, me puse una camisa blanca, un traje azul marino y la corbata negra que me había prestado mi padre para los entierros y que nunca devolví. Mi hermana iba vestida de blanco. El día del entierro no comimos nada. Subimos a los coches. Las calles estaban desiertas y en silencio. El cielo conservaba aún toda su dulzura y no hacía calor. Llegamos a Santa Rosa de Lima. Las puertas de la escuela se entreabrieron para dejarnos pasar. Subimos las escaleras hasta el aula en la que mi madre había dado clases. Allí se encontraba el féretro rodeado de coronas de flores. Mi madre llevaba el vestido blanco que mi hermana y yo habíamos elegido como mortaja. Miré a mi madre por última vez. El maquillaje no disimulaba las huellas del

sufrimiento. Algunos miembros de la familia se aproximaron para decirle adiós, después cerramos el féretro porque no queríamos que se viera este dolor expuesto en su rostro. Nos sentamos en sillas. La gente llegaba: amigos, parientes, compañeros y también otros muchos a los que yo no conocía pero que sabían quién era yo porque conocían a mi madre que les había hablado de mí. Nos daban la mano, iban a sentarse un poco más lejos o permanecían de pie en la terraza contigua. Hacía aún fresco. La luz era suave y...

Hombres de edad indeterminada avanzaban encorvados y vacilantes, mujeres con sombrero, endomingadas en sus vestidos de luto, esperaban pacientemente su turno deslizándose modestamente hacia mí y en sus miradas había todo el amor o todo el respeto de la tierra. Durante horas, estreché manos, escruté rostros. A veces alguien pronunciaba mi nombre como si yo nunca hubiese abandonado aquel país. Comprendía que había intentado huir, pero que este país me había recuperado en cierta forma y que con este entierro me asignaba un lugar del que no podía sustraerme. Cada gesto, cada palabra, adquiriría un sentido, se articulaba con las otras en una lógica nítida para los que me rodeaban y sabían que todo esto tenía como objetivo mantenerme con vida y devolverme un espacio junto a ellos en ese país agonizante. Oía que me susurraban al oído: hay que ser fuertes, tendrás que ser fuerte. Aprendía el papel del hijo y la filosofía de la desgracia que este país conocía tan bien. Comprendía de pronto que en este ejercicio ya no había lugar para las lágrimas. Mis lágrimas, en cierta forma, debían ya haberse secado.

Mi hermana y yo abrimos el cortejo tras el féretro de nuestra madre. Mi hermana me cogió de la mano. La blancura de su vestido, el contacto de la palma de su mano, me recordaron de pronto nuestra infancia. Lentamente atravesamos el patio de la escuela para entrar en la capilla. La capilla estaba llena de coronas funerarias.

Había mucha, mucha gente...

Los sacerdotes, la misa, los responsos, los sollozos de las jovencitas, los cantos; no sé cuánto duró todo. Después, mi hermana y yo, agarrados de la mano, salimos de nuevo, y en la luz deslumbrante, atravesamos la multitud siguiendo, serios como pasos de semana santa, los restos mortales de nuestra madre.

Pensé que nunca regresaría...

...a este país.

Que no regresaría nunca.

Todos esos sollozos retenidos, ese torrente seco de lágrimas.

Te echo de menos, mamá, te echo de menos. Me gustaría que estuvieras aquí.

Abandonamos juntos este país, yo gritando en vuestros brazos ya que sólo tenía dos años y mi hermana un poco más mayor, sin duda más tranquila, abstraída en el paisaje. ¿En qué pensabas al abandonar el país? ¿Sabías que lo ibas a abandonar durante veinte años y que a tu regreso ya estaría destruido? ¿Temías, en las pistas del aeropuerto François Duvalier, que no te dejasen salir? ¿Tu padre y tu madre te acompañaron? ¿Sabías que les hablabas por última vez y que morirían unos años después sin que pudieras volver a verlos? ¿Te sentías desamparada al abandonar a aquel padre que habías alimentado a hurtadillas cuando estuvo encarcelado durante largos meses en Fort Dimanche? ¿Volviste a pensar en el día en que los “tonton-macoute” vinieron a detenerle y viste cómo se lo llevaban? ¿Fue él el que te convenció para que abandonases el país? Y cuando traspasaste la pasarela, ¿pensaste en el primer hombre al que amaste – el único seguramente al que has amado– pero al que no quisiste seguir a Nueva York cuando te pidió en matrimonio, porque, en aquella época, no querías abandonar tu querida ciudad natal, a tus hermanos y hermanas y a tus padres? ¿Pensaste en tu hermano preferido que se fue a estudiar medicina a París algunos años antes, y al que tuvieron que traer hecho un desastre porque había enloquecido y deambulaba desnudo por los bulevares? ¿Pegaste la nariz a la ventanilla en el momento en el que el avión cogía altura? ¿Viste el trazado aún armonioso de tu ciudad, las manchas verdes y lánguidas de los cerros y de Kenskoff a donde ibas de veraneo a beber ponches de ron y recitar versos frente al mar altivo y azul marino que rodeaba esta isla de la que te alejabas por primera vez?

Ahora me siento muy solo.

Abandonamos este país, yo en tus brazos, atravesamos los mares y el avión se posó en suelo africano. Mi padre, al que nunca amaste, había viajado primero y nos esperaba allá, en el pequeño aeropuerto de Coquilathville. Al llegar, mi hermana y yo seguramente estábamos dormidos, agotados por el viaje. Imagino el trayecto en coche por una pista polvorienta...

...en un crepúsculo saturado de gritos de animales.

Sólo hay que dejar aflorar los recuerdos e inventar lo que no se sabe.

¿Fuiste feliz en Coquilathville y después en Leopoldville que ya se llamaba Kinshasa? Me acuerdo de la casa roja y de los grandes árboles en los que se enroscaban aquellas inmensas serpientes que nos aterrorizaban, “boys” que caminaban descalzos por las baldosas y realizaban sus tareas con lentitud imperturbable. Mis primos habían venido a reunirse con nosotros en Leopoldville en la gran casa ya que sus padres estaban Dios sabe dónde, y los acogiste con tu inagotable ternura como muy bien sabías hacerlo. Creo que en aquella casa hubo risas, y juegos, y bailes en los que te miraba bailar, unas navidades en las que viniste a despertarme diciéndome que mis regalos estaban ocultos por toda la casa y que yo busqué por los menores rincones, y que cada vez que encontraba uno, dejaba estallar a ráfagas mi inagotable alegría. A veces no ocurría nada. Mi hermana y yo nos colocábamos en el muro de la cerca para oír el ruido de los coches antes de que aparecieran por nuestra calle. El juego consistía en decir que el coche que oíamos venir a lo lejos era el de nuestro padre, pero que, por supuesto, no lo era. Y el juego se repetía continuamente mientras que el día se esfumaba bruscamente cediendo el paso al crepúsculo hasta que por fin llegaba nuestro padre, y entonces eran gritos de alegría ya que nos traía a cada uno una manzana roja, brillante, crujiente. Esta manzana era mágica porque era un fruto casi desconocido en África y había debido hacer un interminable viaje para venir a crujir bajo nuestros dientes.

El camino empedrado...

...por el que avanzo a tientas.

Hubo otras navidades en uno de mis primeros años de vida. Creo que los primos ya se habían ido de internos a París para su mayor desgracia. Yo estaba clavado a la cama desde hacía semanas con una fiebre altísima, bronquitis o malaria, y disimulando tu inquietud, quisiste saber qué me apetecía. Pedí una naranjada, que me trajiste pero que vomité inmediatamente, lo cual entristeció a todo el mundo porque aquel año, para celebrar la navidad, todos se habían reunido en torno a mi cama. Me regalaste una carabina y un mecano con el que no pude jugar porque aún era demasiado pequeño y me dijiste, sonriendo, que tenía que ser paciente. Las recuerdo como unas navidades felices. Después fuimos a Europa, abandonando la carabina y el mecano con el que nunca jugué.

No he llorado lo suficiente. No me han dejado llorar. Ahora las lágrimas se han secado. Ahora los ojos queman. Ahora soy mayor, lo cual es agotador.

Después del entierro, cada día me despertaba sollozando. Las lágrimas eran epílogos de sueños nocturnos. Me preparaba para un día árido en el que llevaría mi pena como se lleva una roca. Entonces decidí que iría a casa de mi madre y mi hermana aceptó a regañadientes. Habíamos ido solo una vez desde nuestra llegada, para recoger el vestido de la mortaja. Teníamos que volver un día so pena de no volver nunca.

La sensación de zozobrar.

Remontar la pista.

TOMAR AIRE.

Desvelar el misterio.

Escribir el libro.

Decirse que...

...todo irá infinitamente mejor.

Fuimos a casa de mi madre y Cédoine abrió la verja. Cédoine había trabajado diez años en esta casa al servicio de mi madre. Fue él el que al llegar una mañana descubrió el cuerpo sin vida y la habitación saqueada. Parecía más desasistido, más huérfano que nosotros. Abrimos todas las puertas mallorquinas y la luz invadió el salón...

Abrimos las puertas mallorquinas y la luz invadió el salón. Era la suave luz matutina que iluminaba la caoba de los muebles y se posaba oblicuamente sobre las volutas recargadas de las baldosas. Subimos por la escalera de madera que chirrió bajo nuestros pasos y, lentos como en una procesión, atravesamos una a una las habitaciones de la primera planta. Nos detuvimos en la pequeña galería en la que mi madre pasaba la mayor parte de su tiempo corrigiendo exámenes y mirando a la calle. Entré en el dormitorio de mi madre que habían ordenado desde el drama. Miré la cama, la mesa con el pequeño aparato de radio que dejaba encendido toda la noche, el techo de madera blanca... Abrí el armario y volví a cerrarlo... Bajé al jardín...

Bajé al jardín. Cédoine me seguía como una sombra. Se mantenía unos metros a mi espalda, ocioso y atento, vigilando mi silencio. En medio del jardín se alzaba el cerezo que mi madre había prometido mandar fotografiar en cuanto estuviera en flor porque yo quería una foto de las flores del cerezo. Me había dicho que aquí los cerezos florecen dos veces al año. Eso me había hecho soñar.

No tuvo tiempo.

Durante catorce días vivimos en la casa. Cédoine se instaló una cama provisional porque no quería que durmiéramos solos en la casa. Había también un vigilante armado con un fusil, la mayor parte del tiempo somnoliento en una silla, en el patio, que de vez en cuando hacía una ronda sin convicción. Tuve miedo todas las noches en esta casa, pero no podía irme. Hacía un calor excesivo, nos encerrábamos desde por la tarde y sudaba frente al ventilador durante las horas de insomnio.

A veces me pregunto cómo pude soportar aquello. En cada momento pensamos que no podremos afrontar el instante siguiente y, sin embargo, sobrevivimos.

Ya no sé.

Aquella casa que era la casa de mi madre, había sido, antes, la de mis abuelos. Me senté en el suelo en medio de las reliquias. Las horas pasaban desgranando el descubrimiento de una vida de la que había estado ausente. Leía las cartas, las tarjetas postales, miraba las fotos, recorría las agendas de mi abuelo. La de 1957 se interrumpía durante varias semanas. Las páginas en blanco se sucedían y de pronto esta frase: ayer regresé de Fort-Dimanche donde permanecí encarcelado durante cincuenta días. Luego proseguía la crónica de alegatos, de citas, salpicada por algunos versos que copiaba al final de una página o de consideraciones melancólicas sobre el sentido de la existencia o del amor conyugal. Leía también las cartas que ese abuelo al que no conocí dirigía poco después a mi madre en Bélgica a donde había decidido irse por nuestros estudios dejando a mi padre libre y solo en Leopoldville. En misivas escritas a máquina en papel Biblia llenas de tachaduras y de correcciones, el abuelo describía una situación política alucinante y le confiaba, a medias palabras, que el país estaba machacado por la locura de un hombre, que él mismo estaba en el ojo del huracán y que tenía dificultades para seguir ejerciendo su profesión de abogado. Mi madre le contestaba con su bella escritura precisa y espiritual, desplegando sus elegantes y barrocas mayúsculas. Contaba en un estilo propio del XVII lleno de deferencia y de humanidad, las pequeñas vicisitudes de la vida. Pormenorizaba con orgullo nuestros resultados escolares y esbozaba el retrato de los niños perfectos que debíamos de ser en aquella época. Había una inquietante complicidad en aquellos intercambios epistolares, un amor difuso, tranquilo e indestructible. El abuelo parecía aliviado por sabernos lejos de la matanza y le recomendaba que renunciase a sus veleidades de viajar incluso cuando la madre de mi madre murió y en esta ocasión ella mostró con claridad su deseo de volver. Obediente, no viajó. Durante un año llevó luto por su madre como si se tratase de un exilio añadido y a partir de aquel momento no volvió a acompañarnos al cine. El abuelo edificaba para ella y para nosotros la ciudad fortificada de una vida de rectitud, de trabajo y de triunfo. Se cartearon así durante veinte años hasta que él muere de repente un día de navidad, abandonando para siempre al hijo que le habían devuelto de París y que hubo que internar en el asilo. Entonces, sin dudar un solo instante, mi madre cogió el avión y pisó su país para recobrar el inmenso retraso, asistir al entierro de ese padre adorado, dedicarle un eterno homenaje y proteger al hermano enfermo.

Estoy ante la asamblea silenciosa y...

Te echo de menos.

Había que vaciar todo, cerrar la casa, irse. Sentado como un naufrago en medio de las reliquias...

Había que cerrar la casa, irse. Como un naufrago en medio de las reliquias, miraba desfilar los años. Todo había pasado como en un suspiro. Había por tanto regresado aquí después de la muerte de su padre, encontrándose con un país devastado. Yo tenía veinte años, creo. Poco tiempo después, vine a visitarte. Permanecí una semanas contigo, madre, luego volví a irme y...

Han pasado diez años.

Han transcurrido diez años. Los mares, como suele decirse, nos habían separado. Únicamente nuestras cartas, irregulares, con su carga de palabras, mantenían el dulce vínculo de la ausencia. ¿Cómo hemos podido estar diez años sin cruzarnos? ¿Por qué nunca me pediste que viniera? No sé... Recuerdo nuestro encuentro después de aquellos diez años.

Recuerdo nuestro encuentro después de aquellos diez años. Mi hermana, como un ángel, me acompañaba. Con la nariz pegada a la ventanilla, miraba las colinas que había visto verdes y lujuriosas con ocasión de mi último viaje y que ahora se me ofrecían áridas como desiertos. El avión aterrizó antes de la hora prevista y llegamos a tu casa con una hora de adelanto. Cédoine vino a abrir la verja gritando: ya están aquí, ya están aquí. Estabas muy excitada, aún no te habías puesto el vestido que habías elegido para mi regreso y repetías a porfía –habéis llegado antes, aún no estoy arreglada, no debíais haber llegado tan pronto– olvidándote casi de darme un beso. Desconcertada, subiste a vestirme y pediste que sirvieran el cóctel. Habías hecho encender todas las lámparas de petróleo porque sólo había electricidad tres horas por la noche. Las puertas mallorquinas estaban cerradas y en el claroscuro, veía las volutas recargadas de las baldosas. Durante la comida, sólo hablabas tú de ese insólito contratiempo aéreo y me mirabas a hurtadillas. Platicábamos como si nos hubiéramos dejado de ver la víspera, pero aquellos diez años, invisibles murallas, se interponían entre nosotros. Yo no conseguía familiarizarme con tu nuevo rostro. Habías envejecido en ese lapso de

tiempo... No me daban miedo tus arrugas, no, pero no te reconocía. No te había visto cambiar, no había visto transformarte en algo tan frágil y esta laguna había provocado en mí un precipicio infranqueable. Había fijado en mi memoria la imagen de la mujer de antes, había alimentado la esperanza de lanzarme a tus brazos y de decirte cuánto había luchado durante esos diez años y cuánto sufría por haberme hecho adulto. Pero al verte tan vulnerable, no me otorgué ese derecho, temí hacerte perder el equilibrio, y tal vez me equivoqué, tal vez en un instante nos habríamos reconciliado en tus lágrimas y mis abrazos, pero bien sabes que nunca supe hacer las cosas sencillas y durante dos semanas permanecí en tu presencia como un invitado educado, atento y afable. Cuando volvimos a irnos, sentí que te dejábamos en una gran soledad, que este país sin luz era implacable e ingrato, y luego el avión aterrizó en París, la vida retomó su curso y tu imagen se desvaneció.

Hay que escribir el libro.

Sí, hay que escribir el libro.

Arañar la memoria hasta dejarla en el hueso.

Pasaron los años, acompasados por mis esporádicas y fugaces visitas. Un día me sugeriste que viniese con más frecuencia, que sentías que la muerte se acercaba. Vine con más frecuencia. En cada viaje, veía cómo el país caía en el abismo. Las colinas estaban cada vez más desoladas, más desnudas, más secas, las carreteras se habían venido abajo, la droga había destruido los vínculos sociales; desmantelado el ejército, éste había sido sustituido por una policía de pacotilla, la corrupción reinaba por todas partes, tu ciudad se había transformado en un garito grandioso que tenía la belleza del infierno y una vitalidad desesperada. Había, pues, venido a verte –y ésta fue la última vez– por tu cumpleaños que era un poco antes que el mío... Por la mañana, con la luz tenue, ibas caminando a Santa Rosa de Lima siguiendo tu camino por las aceras en ruina en el inenarrable barullo de la calle, escoltada por el hijo de Cédoine que, indolente, llevaba tu cartera. Regresabas por la tarde, hacia las cuatro, abatida por el calor, y te instalabas en el piso superior, en la pequeña galería. Después Cédoine te traía un potaje o un plato que rechazabas porque no tenías hambre. Pero él insistía en hacerte comer y empezaban las negociaciones. Permanecía a tu lado, imperturbable y sonriente, hasta

que cedías a su terquedad e incluso con frecuencia comías con apetito lo que te había preparado con cariño. Discutíais animada y seriamente de los preparativos del cumpleaños. Escribías una lista en una hoja de cuaderno que entregabas a Cédoine que volvía a irse tranquilo y victorioso. Los días transcurrían así. Por supuesto hablabas de la inseguridad creciente, de la precariedad en la que te encontrabas ahora, pero siempre con fatalismo, y cuando yo te preguntaba amedrentado si no pensabas abandonar este país, me contestabas que estabas en tu casa y que aquí te quedarías ocurriese lo que ocurriese. Mi estancia concluyó con la fiesta de cumpleaños. La casa estaba a rebosar de gente, ibas subrepticamente de un grupo a otro enfundada en un vestido amatista. Se oían estallar las risas y las voces en las terrazas. Dabas órdenes encantadoras y perentorias a todos los que te secundaban hasta el momento en el que cortamos juntos la tarta acompañados por el coro estruendoso de tus amigos y próximos. Al día siguiente me marché. Manifestaste el deseo de acompañarme al aeropuerto. Te disuadí alegando que estabas cansada y me despedí muy rápidamente, Dios sabe por qué, antes de subir al coche que iba a llevarme al aeropuerto, tal vez porque temía las efusiones de la despedida, pero yo no sabía entonces...

...que no volvería a verte nunca más.

Pasaron tres semanas y después, un día, en este teatro, oí los sollozos y la voz de mi hermana que me decía que habías muerto...

...que habías muerto...

...que te habían asesinado.

Y volvimos a coger el avión, abrumados, incrédulos, consternados de dolor.

Y vaciamos y volvimos a cerrar la casa.

Sin descanso, ni techado para la sombra, ni una estera en la que tumbarse, ni agua fresca, sólo este interminable y empedrado camino.

¿Eres tú la que me obsesiona, atestando las encrucijadas, los intersticios de la existencia, o soy yo el que te tiene prisionera en las redes del recuerdo prohibiéndote emigrar hacia un hipotético descanso?

Te escribo en el calor del verano porque no puedo dejar de escribirte. Porque te necesito.

Los aviones atraviesan el firmamento de mi memoria, dejando en su surco la cicatriz de innumerables viajes de ida.

Y de regresos desesperados.

Las nubes se amontonan por encima de mi cuerpo. El sol desaparece en la bruma estival. Camino, en la embriaguez y... todo se enturbia, se desvanece a mi paso y...

Ya no tengo horizontes.

Ya no tengo horizontes.

## SEGUNDO MOVIMIENTO

Si no recuerdo mal, hasta la edad de veinte años fui vuestro mejor hijo, luego el peor. Yo era un niño cuando salimos de África, abandonando a mi padre a sus negocios y a su soledad, y abandonando también mis juguetes porque pensabas que eran un engorro. Cogimos el avión hacia Europa, a la melancólica Bélgica donde nos matriculaste en una escuela religiosa. El primer día de septiembre, me dejaste en un patio grande como un campo de batalla en medio de niños pálidos que me miraban de hito en hito. Fue un día terrible, pero yo quería agradarte, y además uno se acostumbra a todo; por lo tanto fui cotidianamente a ese colegio con sus muros de ciudad fortificada como se va, desarmado, a la guerra. Me sentaba en mi pupitre, serio como una estatua, esperando que terminara la larga jornada para regresar al apartamento. Al día siguiente, al alba tenebrosa, venías a despertarme con un chocolate ardiendo. Me decías una palabra amable para sacarme del sopor. En el cuarto de baño, dejaba correr mucho tiempo el agua sobre mi cuerpo, retrasando así el momento, pero me llamabas al orden. Me vestía y, muy abrigado, iba a esperar el autobús bajo una negra bóveda celeste. Aún era de noche cuando salía del apartamento; seguía siendo de noche cuando regresaba. Te sentabas a mi lado preparando la pluma, el tintero, el secante y me mirabas escribir. Guiabas mi mano en el trazo lánguido de las mayúsculas, corregías incansablemente mi caligrafía como se transmite un secreto o un arte secular. A veces, sintiéndome desgraciado, me autorizabas a dormir en tu cama. Descansando mi cabeza en tu almohada virgen, olvidaba, al cerrar los párpados, que al día siguiente había escuela, o soñaba con terribles enfermedades, con fiebres fenomenales que te habrían obligado a dejarme guardar cama en tu comfortable cama. Cada día, al despedirme, me dabas golosinas aconsejándome que las compartiese con mis compañeros, que ofreciese todo y no pidiese nada. Una mañana me mostraste a través del vano de la ventana, un paisaje inmaculado. Sólo había visto la nieve en fotos y no pude articular palabra. Aquel primer

invierno fue de una fabulosa blancura, de tal forma que en la primavera pensé que sólo había venido aquí para ver esta nieve y que, una vez disueltos esos copos en mi memoria, podría levar ancla.

¿Invento todo esto? ¿Digo la verdad?

Pero, ¡ay!, no nos fuimos. Pasaron los años, lluviosos, nevados, iluminados brevemente por la luz de África, donde, durante las vacaciones de verano, íbamos a reunirnos con mi padre para un simulacro de vida familiar. Era evidente que acompañándonos al norte para proseguir nuestros estudios, te habías sacrificado y a partir de aquel momento consagrarías tu existencia a la construcción de nuestro futuro. Te ofrecí mi infancia como un tributo. Desde hacía tiempo los juguetes estaban desterrados o eran superfluos, pero nos comprabas todo tipo de enciclopedias con ilustraciones multicolores o libros de mitología que colmaban nuestra imaginación. Repetías continuamente que estábamos de paso, que no habíamos hecho miles de kilómetros para venir a divertirnos. Nos deslizábamos sin hacer ruido por las habitaciones anónimas del pequeño apartamento. Creo que en esta primera infancia no rompí nunca un plato, nunca molesté a los vecinos, nunca ensucié el vestíbulo al regresar de mi paseo. No jugaba con los niños del barrio. Me acostaba temprano. En la cabecera de mi cama habías escrito: “Excelsior: siempre más alto.” Los domingos los tres íbamos a la iglesia donde te miraba rezar, luego nos acompañabas al cine, y a las ocho de la tarde, tumbados, silenciosos, en tu cama, escuchábamos un folletín radiofónico. Cada trimestre, te traía tu ración de resultados escolares. Por navidades y por pascua, mis primos abandonaban sus internados parisinos y venían a visitarnos. Te consideraban como su madre, te confiaban sus problemas de adolescentes que habían madurado demasiado precozmente, les ofrecías tus maravillosas sonrisas, les prestabas oído, y yo te preguntaba con frecuencia por qué eras más amable con ellos que conmigo. Nunca hablabas de tu país, excepto con tu hermana mayor cuando estaba, a su vez, de paso. Llegaba de Constantina o de Lomé. Permanecías durante horas sentada y recogida en el pequeño sofá, mientras te cuchicheaba las defunciones, las bodas, los nacimientos y los secretos de familia, antes de descubrirte la lenta deriva de vuestra ciudad natal donde había hecho una parada. Todo esto en esa lengua cantarina y milagrosa en la que nunca me hablaste, y aún te veo mover la cabeza seriamente, punteando su relato con suspiros fatalistas y onomatopeyas sabrosas.

Aquí el verano es bochornoso y muy caluroso. Los días permanecen inmóviles a la espera de tormentas. Como melocotones blancos, me acuesto tarde, hablo poco, leo unas páginas de una novela, a veces una mosca entra por la ventana, revolotea con desesperación, después vuela de nuevo hacia el cielo. Unos niños juegan en el parque. El mundo sigue siendo igual con su letanía de atentados. Nadie habla ya de tu país, pero desde tu muerte se ha sumergido en la locura. Intento no pensar en ello por miedo a que no pueda dormir, miro al cielo lívido, me doy cuenta de que no jugué mucho a la edad en que debí hacerlo pero aún respiro, lo cual ya es mucho, y me doy cuenta de que desde hace varios años siempre escribo la misma frase interminable y en esta ocasión te la digo, y eso me quema los párpados, me hago paciente y espero que por fin pases...

TU MANO POR MIS OJOS.

Cuántas lagunas en el recuerdo.

Tomar aire.

Llegué sin darme cuenta a la adolescencia y empecé a decir no. Ya no soportaba la escuela con sus muros de ciudad fortificada, los sacerdotes envarados, los profesores, el inmenso patio de recreo en el que me sentía extraño entre hordas de niños hostiles. Ya no soportaba las callejuelas escarpadas, la llovizna cotidiana, los paisajes fuliginosos. Nos habías repetido tanto que estábamos de paso y nunca nos marchamos. Yo esperaba que la ampollita se vaciase para trazar mi surco en tierras más clementes. Mi padre había abandonado Kinshasa por Kabul, donde aún no había estallado la guerra y dos años seguidos volamos hacia ese Extremo Oriente para pasar las vacaciones de verano donde pude respirar en paisajes de fábula, entre vuestros ajustes de cuentas y tus legendarias migrañas. Cuando regresábamos, contabas a quien quisiera oírlo, que el veraneo había sido bello y relajante, y seguías dando en el exterior esa imagen de unión, de rigor y de perfección. Cuando te anuncié que no volvería a acompañarte a la iglesia los domingos, me contestaste que eso era una pose, que lo único que buscaba era llevarte la contraria y contradecirte. Estabas obsesionada con mis resultados escolares que iban de capa caída en algunas materias y cada quince días, en el momento de entregarte el boletín de notas, te encontraba sentada en el sofá, escrutando las notas y

palideciendo antes de explotar en arengas inagotables. Me acosabas. Yo permanecía postrado delante de los libros o bien emborronaba mis cuadernos con frases y dibujos, con el deseo de verte salir de mi universo. Vivía relegado, ausente, solitario. Me decías que no habíamos hecho miles de kilómetros para venir a divertirnos. Te gritaba que eras una santa, y en un frenético crescendo repetías que sí, que eras una santa y que había que ser una santa para poder soportar lo que yo te hacía soportar. Yo cortaba la escena dando un portazo, subía de cuatro en cuatro las escaleras que llevaban a mi habitación, me metía en la cama intentando en vano dormir, arrasaba el colegio, incendiaba la ciudad y me alejaba definitivamente de ti. Decidiste suprimir la equitación de los miércoles y la reemplazaste, nunca podré olvidarlo, por una tarde de clases particulares. Aquel día te odié. Por el vano de la ventana veía llegar al profesor particular. Yo vacilaba bajo el peso de una indescriptible fatiga. Me sentaba a la mesa como si fuese al patíbulo y, protegido por la armadura de los sueños, le oía, muy lejano, contarme algunas anécdotas antes de castigarme con absurdos teoremas. A veces, queriendo ser clemente, cogías un libro de química y, recurriendo a tus antiguos conocimientos, empezabas a darme clases. Todo mi cuerpo entraba en una insurrección secreta, inventaba fórmulas que me recitaba mentalmente para conjurar tus soliloquios porque ya no soportaba ni tu proximidad, ni tu solicitud, ni tu erudición.

#### TOMAR AIRE.

Cambiando de estrategia, ofrecías o prometías un regalo, haciéndome jurar que iba a hacer todo lo posible, que iba a satisfacerte, y cuando llegaba el fracaso a pesar de todo, no tenías corazón para retirar lo que me habías dado, o para no darme lo que habías prometido, de tal manera que tu pena y tu abnegación no hacían sino aumentar, transformándome en un insolvente y monstruoso deudor. En el intercambio despiadado en que se transformó nuestra vida cotidiana, sólo hablabas de mí, y yo sólo pensaba en ti, dividido entre el miedo y el deseo de ser desagradable. No me confiaba a nadie, convencido de que todo lo que dijese te lo contarían. Por la noche, cuando volvía a casa, me enclaustraba en mi habitación y en un despertar sobresaltado al amanecer, preparaba mis deberes con la urgencia de una picadura, en un rincón de la mesa. Mi hermana se fue a estudiar a la universidad a Francia. Nos encontramos solos en la gran casa a la que nos habíamos cambiado. La menor discusión degeneraba en amonestaciones y en conflicto. Ya no soportaba que me besaras, que me tocaras. No me gustaban tus

lecturas, ya no compartía tus gustos. Encontraba cualquier pretexto para dejarte comer sola. ¿Por qué no me hablaste? Debiste verter muchas lágrimas en tu cama oscura en la que yo ya no dormía hacía tiempo. Yo no sabía cuánto daño te hacía en aquella época. No, no lo sabía. Por la noche, intercambiábamos algunas frases con una cruel parsimonia y ahora eras tú la que te borrabas en tu habitación, dejándome todo el territorio después de asegurarte de que tenía algo para comer. Te había declarado la guerra y era tu prisionero. Demiurgo, creaba mundos en los que no estabas, inventaba el instante de liberación, cosía prudentemente mis suelas al viento. ¿Por qué no te hablé? Nos habíamos aventurado demasiado lejos en el tumulto para entrever juntos el camino de un retorno, chocaba siempre con tu retórica, con tus principios, con tu inhumana perfección, no sabía cómo explicarte la ausencia de amigos, el peso de los días, la lentitud de las noches, te había retirado mi confianza, ya no soportaba ser el objeto de tu amor, de tus penas, de tus alegrías, aprendía paso a paso a caminar por el vacío, me decía que la adolescencia era eso y que todo ese estrépito se atenuaría un día.

#### TOMAR AIRE.

Te había advertido que era inútil pensar en seguirme cuando hubiese terminado la escuela. Escribiste a mi padre diciéndole que tu misión terminaría pronto y que pensabas reunirte con él. La respuesta llegó de Kabul, cortante como un escalpelo, franqueada con un sello magnífico. Mi padre te informaba que compartía su vida con una joven mujer, que no tenía intención alguna de reiniciar vuestra relación y que estaba dispuesto a concederte el divorcio que siempre habías deseado.

Los castillos se derrumbaban. Herida, desesperada, furiosa, repetías las palabras deber, principios, humillación, sacrificio. Mi hermana volvía a casa los fines de semana e intentaba reconfortarte. Desamparado, yo contemplaba tu dolor. Decías que nunca aceptarías ese divorcio, que negarse a ese divorcio era defender los intereses, el futuro de tus hijos. El tiempo transcurrió inclemente, en un machaconeo de reproches, hasta el día que regresó mi padre. Había terminado con Kabul, había regresado a París para poner al día sus negocios antes de volver a irse hacia un destino aún desconocido. Desembarcó un sábado. Pasó dos o tres días, intentando fingir que no pasaba nada, mientras te parapetabas en tu habitación. Se marchó y regresó una semana más tarde,

volviendo a sus cuarteles de invierno en un silencio plomizo. Un día le pedí que no volviese y creo que ya no volvió... Ya no puedo...

Una mañana, después del entierro, en pleno calor, vaciando tu casa, encontré la carta que envié a mi padre en aquel momento. Le comunicaba con todo detalle, que yo había matado al padre. Siempre pensó que yo no había escrito la carta, que fuiste tú, madre, la que armaste mi brazo. No fue tal. No. Pero durante innumerables años guardaste el borrador en un cajón de tu habitación y cuando desplegué las hojas ajadas por el tiempo, cuando reconocí las particularidades de mi caligrafía, cuando releí las palabras, marcadas por una violencia asesina, por una aterradora madurez, me estremecí por haberla podido escribir y por el hecho de que la conservaras ¿Qué edad podría yo tener cuando escribí estas frases? ¿Quince tal vez...?

Y me volví malvado.

Sí.

¿Se tiene derecho a decir eso?

SÓLO TENÍA QUINCE AÑOS.

Detenerme un instante.

TANTA CRUELDAD.

Un día, no recuerdo a cuento de qué, me dijiste que pensabas quedarte algún tiempo aún conmigo, y te dije que no. Te dije que no te quedarías conmigo, que tenías que...

Un día dijiste que te quedarías conmigo y yo dije que no. Dije que no te quedarías conmigo, que tenías que irte. Que si no querías que pusiese fin a mis días algunos años más tarde, tenías que irte, tenías que dejarme. Creo que empleé esas palabras, tal vez no exactamente esas palabras. Fuese lo que fuese, dijiste que habías fracasado conmigo, de eso me acuerdo muy bien, dijiste eso exactamente, dijiste que

todos tus esfuerzos conmigo se habían saldado con un fracaso; estabas en la cocina y yo en el salón, a una distancia prudente, tenía la impresión de cortar en tu carne y a la vez te rogaba que me escucharas. Creo que desde el fondo de tu dolor y de tu pavor oíste mi ruego, tal vez ya no tenías elección después de mi ultimátum, pero quiero creer que oíste mi ruego y dijiste que al acabar el curso te irías.

Los aviones atraviesan mi memoria, dejando en su surco...

Mi padre se fue a Islamabad adonde yo nunca fui.

Un día dijo que le habías robado sus hijos.

Vaciaste, cerraste la casa. Cogiste un tren para Francia en donde te quedaste con mi hermana. Yo te veía de vez en cuando.

Después, una mañana, cogiste definitivamente un avión y regresaste a tu país.

EL MAR, COMO SUELE DECIRSE, NOS HABÍA SEPARADO.

Más tarde me marché a Italia donde me hice adulto sin ti, y cuando nos volvimos a ver al cabo de diez años, empezamos...

DEJANDO EN SU SURCO

...de nuevo a hablarnos como amigos frágiles...

LA CICATRIZ DE INNUMERABLES IDAS

...y el tiempo siguió pasando mientras que nos familiarizábamos al hilo de mis esporádicas y fugaces visitas...

Y REGRESOS

...pero todo eso ya lo...

...he dicho...

DESESPERADOS.

Hasta que moriste.

Hasta que moriste.

## TERCER MOVIMIENTO

Y siempre la misma escena que vuelve a mi memoria, que recreo, que quiero dejar pasar, como una nube en el cielo y que vuelve una y otra vez, ¿qué hora es? ¿cuántos son? ¿Tres, tal vez cuatro? Entran en la casa. Ella se despierta. Oye pasos en la escalera. Se levanta. Ya están ante ella. ¿Cuánto tiempo dura todo? ¿Dos, tres horas? ¿Grita? ¿Aúlla? ¿Les suplica? ¿Le piden dinero? ¿Le golpean? ¿Se defiende? Es grande y fuerte a pesar de su edad –celebramos su setenta y cinco aniversario hace un mes–. ¿Cuál de ellos la agarra por los hombros? ¿Quién rompe la sábana para amordazarla? ¿Dónde encuentra la fuerza de resistirse, de luchar? ¿En qué momento cayó al suelo? ¿Pensó en nosotros? ¿Se defiende porque no soporta irse así, sin haberse despedido de nosotros? ¿Cuál de ellos la ata a la pata de la cama con un cable de electricidad? ¿Cuánto tiempo dura todo? ¿Por qué continúan golpeándola, insultándola? ¿Aún conserva su consciencia? ¿Está más allá del dolor? Las imágenes desfilan cada vez más rápidas, deslumbrantes, irreales. Uno de ellos coloca una almohada sobre el rostro de mi madre. Su cuerpo se estremece. Gime. Piensa en nosotros mientras zozobra lentamente hacia el más allá. Su cuerpo agotado busca aire, las manos se crispan. Incluso maniatada sigue luchando, piensa que es un sueño –con frecuencia soñaba que la estrangulaban, me lo había dicho–. ¿Sigue sufriendo? ¿Reza? ¿Pide clemencia, que la liberen, que se está muriendo? ¿Se le pone un velo en los ojos? ¿Espera? ¿Se niega? ¿Echa de menos no haberse preparado, ella que no temía a la muerte? ¿Se da cuenta de que se muere? ¿Dura mucho? ¿Dura mucho?

### HACER UNA TREGUA.

Y el que presionó la almohada tan fuerte y durante tanto tiempo contra su rostro, que la acompañó rabiosamente hasta el final, que no dejó de apretar hasta el último

estertor ¿Cómo se llama? ¿Qué edad tiene? ¿Qué cara tiene? ¿Es grande? ¿Tiene madre?

Cada vez que pienso en su muerte, pienso en mi nacimiento.

Es absurdo.

FRENTE A LA MADRE.

¿Por qué, por qué intentar saber a cualquier precio?

¿Por qué volver una y otra vez a la escena, inventar la escena, ya que nadie vio, nadie sabe, ya que nadie...?

Mil veces inventé para ella una muerte un poco menos inhumana.

Pero yo no influí en su muerte.

Así es.

Y tampoco tengo odio.

¿Dónde están los caminos de mi infancia?

Era pleno verano en Francia. Por el día sudábamos y por las noches no se estaba mejor. Caminaba atónito por las calles, en la periferia del mundo. Aquella muerte, innombrable, incomunicable aquí, me arrancaba del antiguo paraíso, me encadenaba a la fragilidad del mundo e imponiéndome una inconcebible carga, me arrojaba solitario a la gran tragedia. Permanecí mucho tiempo en la oscuridad, prisionero del lejano pasado, rehusando esta carga. Me había pasado al campo de los famélicos y de los lisiados. La escena sorprendente daba vueltas ante mis ojos. El tiempo pasaba sin hacer ruido, se fijaba como un coágulo, después empezaba a fluir de nuevo con una lentitud cenagosa. Quería hablar pero no encontraba las palabras. Las palabras se quedaban fijas en la punta de los labios.

Día tras día y de un sitio a otro cargaba con esto como se lleva una piedra.

EN LA ROSALEDA DE LOS DÍAS, DE LAS SEMANAS Y DE LOS MESES.

Y, de forma intermitente, el espanto y el terror.

Y, de forma intermitente, el espanto y el terror empezaron a disiparse, como murmullos en la...

...rosaleda de los días, de las semanas y de los meses. Me levantaba por la mañana, me acostaba por la noche, el tiempo volvía a correr, pero...

...la encontraba por todas partes.

Viva, me había exiliado de tu lado. Muerta, redefinías mis fronteras como un indiscernible océano. Te había conocido santa, y te encontraba de nuevo como mártir. Entonces, ya que no me dejabas respiro, puesto que ya no podía poner mar por medio para huir de tu ausencia infinita, decidí partir en tu búsqueda y aproximarme a ti.

Entonces, puesto que no me dejabas respiro, partí en tu búsqueda, en defensa propia. En este país.

El avión se posó en la pista. El aeropuerto había sido rebautizado como Toussaint-Louverture y esta inscripción destacaba en la luz bajo el azul absoluto del cielo. El fuerte viento ralentizaba la marcha, el calor húmedo envolvía los cuerpos. Los mozos de equipaje peleaban por llevar mis maletas. Perros famélicos erraban por el polvo. Los paisajes desfilaban rápidamente ante mi ojos, apocalípticos y sublimes, mientras entraba en la ciudad. Había venido a encontrarme con todos aquellos y aquellas que habían conocido a mi madre y a preguntarles quién era.

Las puertas de la escuela se entreabrieron en el estruendo de la gran calle, luego volvieron a cerrarse sobre el silencio sigiloso del patio. Miré los edificios pintados de verde, el reloj secular, las puertas mallorquinas abiertas de las aulas con sus pupitres de madera y sus suelos oscuros de anchos listones. Todo estaba en su sitio en este universo caduco de jovencitas que fue durante mucho tiempo el templo indiscutible de la

burguesía. Una religiosa nos condujo al aula en la que mi madre había enseñado. Deteniéndome en el silencio, me acordé del día del entierro. El lugar, tapizado de luz, había reencontrado el encerado y los pupitres. Deambulamos de aula en aula, atravesamos patios apacibles y bellos jardines en los que grandes árboles daban sombra. Había un grupo de jovencitas que habían sido alumnas de mi madre. Una de ellas dijo: me detestaba. ¡Me detestaba con tanto amor! Las jóvenes estallaron en risas. Siguió: ¡me detestaba con tanto amor! Quería que fuese perfecta pero yo no soy perfecta, entonces me castigaba. Pero me amaba. Sólo ahora comprendo hasta qué punto... Después me cantaron una canción que le gustaba mucho a mi madre.

¿Todo esto sirve para algo? Da igual, es...

Es así.

Había venido a encontrarme con todos aquellos y aquellas que habían conocido a mi madre y a preguntarles quién era.

Dos palabras salían de sus labios como un hechizo: la madre. Ella era: la madre. Era su madre. Era aquella en la que podían confiar, la que no mentía, no traicionaba, la que recordaba los pequeños detalles, una fruta que te gustaba y que te traía porque sabía que te gustaba, la que castigaba y ofrecía un pañuelo para secarse las lágrimas, la que tenía una paciencia infinita, la que adivinaba las penas, la que ofrecía antes de que se pidiese, la que miraba a la gente en lo más hondo de ellos, la que era feliz cuando ellos eran felices, atenta cuando sufrían. La que amaba.

Por un momento pensé que todo eso no era cierto; con frecuencia otorgamos a los muertos cualidades que no tuvieron cuando estaban vivos, pero...

...pero aquellas palabras volvían con tanta frecuencia a sus labios, las decían con tal fervor, que no se podía...

Yo no había conocido a aquella mujer. O había conocido su envés. Los que la habían amado no eludían ni su intransigencia, ni su rigidez; pero su fogosidad y su obstinación en sus principios representaban para ellos una utopía ejemplar frente a una

sociedad deletérea. A través de ellos descubría a una mujer que había perseguido un compromiso y que, como una resistente, se había dedicado a mantener y a transmitir los valores –desde hacía tiempo obsoletos– de coraje, rectitud, probidad y solidaridad, desde el momento en que se reencontró con su país. Los que la habían amado, admiraban esta obra y se la reconocían. Yo no había conocido a esa mujer. Nunca la había mirado bajo este aspecto. Cuanto más hablaban, más añoraba yo no haber estado en lugar de ellos, en una proximidad menos absoluta que me hubiera permitido sentir su abrazo simplemente como un abrazo y no como una tenaza. Me había exigido lo imposible y no me había concedido lo que concedía a todos sus hijos adoptivos: ser falibles.

Ya no puedo...

Me entregaban jirones de su historia y yo recomponía su retrato. Iba a donde ella había ido. Caminaba en su sombra. En uno y otro lugar, pedía un recuerdo, una foto de regalo. Iba a su casa. Me sentaba en la galería donde el viento hacía cantar a las hojas, miraba la calle, las legiones de escolares con uniforme que desfilaban charlando en voz alta. Cuentan que cuando era niña, iba a la escuela con sus cinco hermanos y hermanas y el cochero. Leyendas... Siempre era la primera de la clase y una de las más brillantes en la universidad. Eligió ser abogada, pero su padre se lo prohibió. Se matriculó en la facultad de farmacia, oficio más femenino, y sobre todo menos peligroso en este país, y se plegó a su decisión sin discutir. Era entonces una gran y bella mujer con una sonrisa resplandeciente que llevaba en su interior una íntima rebelión de la que nunca supuso su amplitud. Tenía una memoria prodigiosa, una fe inquebrantable, leía a los clásicos de la biblioteca paterna, adoraba conversar, no temía a la muerte, no sabía cocinar. Le gustaban los perfumes Rochas, los polvos de arroz, los vestidos de tarlatana, los zapatos de tacón. Coleccionaba en mi cabeza los daguerrotipos de diferentes épocas, colmaba las lagunas inventando posturas y frases, rememoraba todo su guardarropa, el gran brazalete africano con filigranas de oro y sus pendientes de malaquita, volvía a ver sus uñas escarlatas, y de pronto me daba cuenta de que el crepúsculo había llegado, había aparecido bruscamente como siempre por estas latitudes. Había que abandonar mis ensoñaciones, pensar en el regreso a Europa, con el petate de recuerdos lleno de fotos polvorientas, sin haber descubierto por qué había muerto, puesto que había llegado el momento de partir.

El océano luminoso se alejaba hacia el sur. Y después, por la ventanilla, sólo el azul del cielo y las nubes blancas, y yo volvía a casa más huérfano que antes.

Te escribo del otro lado de los mares...

He deshecho la maleta. Oigo a lo lejos un vals desgarrador. Me siento marchito. Conservo los ojos cerrados sobre el polvo ardiente de mis idas y vueltas, los recuerdos me producen vértigo, incluso náuseas, entonces me siento en el parque como un niño que jugase con una pelota de lana y dejo pasar el tiempo y me pregunto dónde estás.

Tu país no va bien. Tu país agoniza desde tu partida. ¿Sabías que al rector de la Universidad le partieron las piernas a golpes con barras de hierro? Uno de tus amigos fue asesinado a machetazos. Bandas armadas provocan estragos en la parte alta de la ciudad, en los barrios que antes tenían fama de ser muy tranquilos. Una mujer que acababa de dar a luz fue violada por cuatro hombres que inmediatamente después asaltan a otra familia en el mismo inmueble, violando a una adolescente, secuestrando a un bebé por el que piden un rescate de vértigo. En el mismo barrio, ocho hombres entraron de noche en una casa burguesa. Ataron y sodomizaron al padre, violaron a su esposa y a su hija de doce años. El padre se suicidó días después. Un periodista fue torturado antes de ser abatido. Violaron a mujeres en una clínica de maternidad. Unos hombres irrumpieron en el mercado cubierto, cerraron las puertas, dispararon en todas direcciones antes de incendiarlo, convirtiendo así a los tenderos en antorchas humanas. En la ciudad, los comerciantes abandonan sus comercios. Secuestraron un autobús en un camino rural. Mujeres y chiquillas apenas púberes fueron desnudadas, arrastradas por el polvo y después violadas. Aquellos que pueden huyen al extranjero. Tu muerte, que durante mucho tiempo me pareció única, incomparable, se disuelve poco a poco en la geografía del dolor. Tu país ya no forma parte del mundo, ha sido abandonado a su propia deriva, entregado a su esencial crueldad. Tu país ha traspasado los límites de la violencia y de las crónicas de sucesos y enfila ahora el camino postrero hacia la barbarie. Tu padre y tú misma conocisteis las primicias. Pensasteis protegernos deportándonos a miles de kilómetros, como en las leyendas. Sí. Siempre hay un niño al que raptan, al que arrancan de su historia y al que ocultan a la sombra de una cabaña o de un palacio sin decirle nada, esperando que así podrá escapar al destino que tenía escrito.

Heme aquí de nuevo de regreso.

Más huérfano que antes.

Te escribo desde allende de los mares...

Tu país no va bien. Tu país se muere desde tu partida.

Te escribo desde allende de los mares y desde allende del tiempo...

Un día todo se disipará.

El libro se escribe y se acaba.

Te echo de menos, te echo de menos, me gustaría...

Te escribo desde allende de los mares y desde allende del tiempo. Camino por la arena oscura e irisada, descifrando ante mí ínfimas siluetas que se encaminan hacia un lugar inaprensible, pero estoy demasiado lejos para establecer una hipótesis. Sigo oyendo clamores de guerra, ruidos de armaduras y de sables, que son absorbidos poco a poco por la inmensidad de los espacios y ceden pronto su lugar a batidas de alas cuyo imperceptible rumor repercute por todas partes en los silencios. Los incendios se han consumado. Camino sobre los granos de arena sin preocuparme de nada, mis pasos se han vuelto ligeros como si llevase suelas de viento. No debes estar triste. Sigo mi camino sin pausa ni descanso, puesto que ya no hay ni noche ni día, y avanzo, tranquilo, hacia la palidez, lo borroso del horizonte. Me doy la vuelta y tu rostro se me aparece, con ese fruncimiento del ceño en el abismo oscuro de tus ojos que me inquietan y me fuerzan a detenerme. Hijo mío, tienes que dejarme ir. Dejarme ir más lejos. No te preocupes. No te preocupes. No sé donde estoy, ni adónde voy, pero da igual. Lo único que sé es que tienes que dejarme ir. Entonces cierra los ojos, déjame acariciar tu frente, cierra por un momento los párpados que pase mi mano por tus ojos, porque después de este momento desapareceré, y luego mira el paisaje, mira los árboles y el cielo, todo lo que está a tu alcance. Me voy como vine. Saluda a los que te rodean. Diles que estoy descansada. Inventá algo bonito. Vamos, tengo que dejarte. Tengo que continuar...

Perdóname por la foto del cerezo que no te envié, ¿sabes?, no lo había olvidado, pero no tuve tiempo y, por otra parte, este año, Dios sabrá por qué, el cerezo tardó en florecer.

## EPÍLOGO

Madre, te perdono.

Y yo te pido perdón.

Sólo quedan algunas frases.

Entonces dame tu mano.

He agotado la carga de palabras.

Se hace tarde. Ya es hora de despedirnos. El otoño ha llegado de pronto. Las nieblas a veces se disipan. Con frecuencia llueve a mares. El viento sopla. Todo se deshila y se deshace. Me siento tan pequeño, tan frágil. Cierro voluptuosamente los ojos. Miro cómo te alejas, cómo te disipas bajo mis párpados, y te veo aún, y mientras que tu sombra vacila, mientras brilla bajo mis párpados, invento suntuosas moradas en las que te acuno y te protejo, sepulturas efímeras, de las que te sigues evadiendo, y recojo un último suspiro

...y te hablo lentamente...

Hasta que desapareces.

Hasta que desapareces.